

ALBERT MANENT

Cifras definitivas sobre 1936

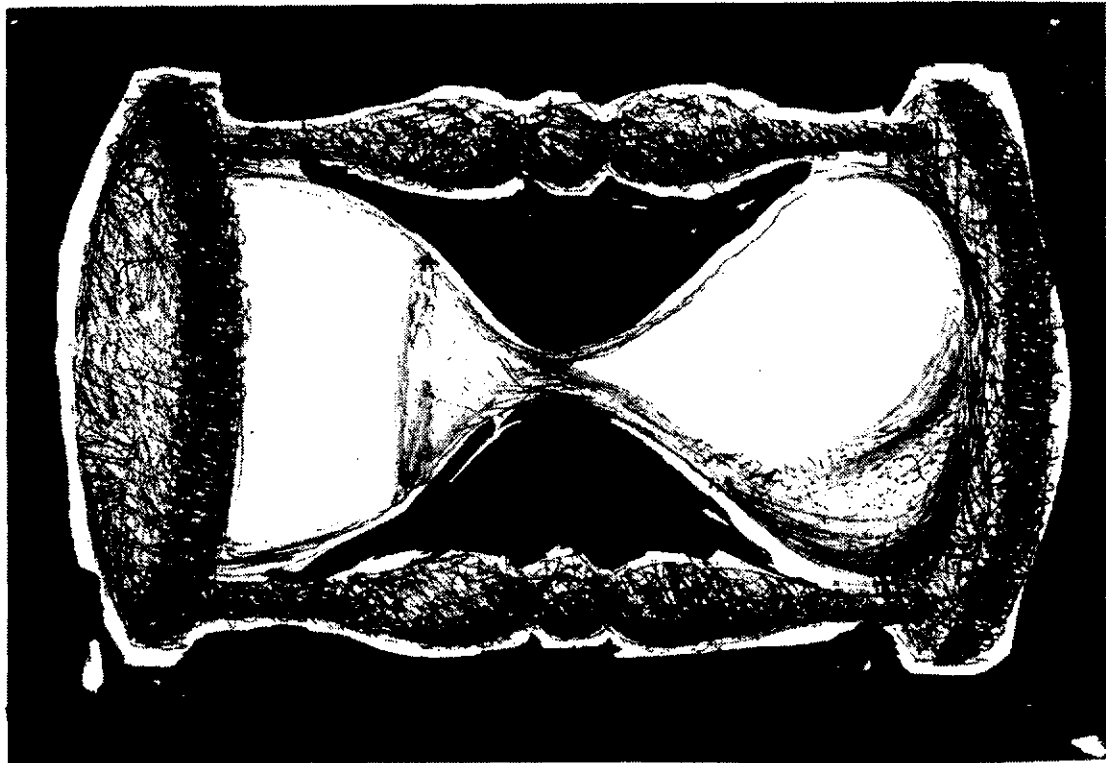
A pesar de los miles de títulos que se han escrito sobre la Guerra Civil española hay todavía muchas lagunas y se va superando, poco a poco, el maniqueísmo en favor de una historia objetiva, sin miedo a la verdad. Pero las nuevas generaciones desconocen las circunstancias trágicas y complejas de la contienda, mientras la mayoría de los que la vivieron prefieren callar o mantienen el cliché fijo de hace cincuenta años.

En un congreso reciente sobre el exilio subrayé la anómala situación de Cataluña, especialmente durante los meses de julio a diciembre de 1936. Viendo peligrar su vida por las amenazas de los extremistas, tuvieron que exiliarse el presidente del Parlamento catalán (Casanovas), el presidente del Tribunal de Cassació (Gubern), el cardenal de la sede metropolitana de Cataluña (Vidal i Barraquer), los "consellers" de Governació (España) y de Cultura (Gassol), además del comisario general d'Ordre Públic (Escofet). Por recordar una situación tan alarmante durante el coloquio fui tachado de reaccionario, derechista, etcétera, por jóvenes historiadores que, sin ninguna auto-critica, habían recogido la antorcha de los revolucionarios de 1936. Me olvidé de citar aquella frase de J. V. Foix: "La FAI era la vanguardia de Franco para destruir la República".

La publicación del segundo volumen de "La represión a la retaguarda de Catalunya", de J. M. Solé i Sabaté i Joan Villarroya, me sugiere las reflexiones que acabo de hacer. Ambos autores tienen en su haber varios libros sobre la guerra y especialmente "La represión franquista a Catalunya (1939-1953)". En el segundo volumen sobre la represión en la retaguarda republicana el número de muertos por asesinato o por fusilamiento, después de una condena a muerte de tribunales militares o los llamados populares, se cifra en 8.360. Por primera vez la historia en cifras deja de ser fantasía y los jóvenes historiadores aportan lo que no hicieron los historiadores franquistas ni los partidarios a machamartillo de la República.

Solé y Villarroya ofrecen una relación de las víctimas en cada ciudad o pueblo y dan los siguientes datos, siempre que los han encontrado: edad, lugar de nacimiento, dónde fueron muertos y la filiación política. No hay duda de que muchos lectores encontrarán en la lista a amigos o familiares. Y en ella constan los cerca de dos mil quinientos sacerdotes, religiosos y religiosas inmolados, junto a un gran número de campesinos, el colectivo más numeroso después de los clérigos. Y ahí están los más de sesenta claretianos en Cervera a los treinta y nueve gabrielistas de Sant

ALBERT MANENT, escritor



Vicenç de Montalt. En algún caso las víctimas son tres hermanos o el padre y dos hijos. Los carlistas fueron quienes en el campo político sufrieron más bajas por la represión, pero también abundan las víctimas de Lliga Catalana, de la CEDA e incluso de Esquerra Republicana. En el inventario de los jóvenes historiadores no pueden faltar los que fueron muertos durante los enfrentamientos entre republicanos ("Fets de Maig").

Hay otra cara de la moneda de la guerra, aludida por los autores, aunque no sea materia de su libro. Me refiero a la tarea de salvar vidas en la que rivalizaron España, Gassol, Escofet, Carles Pi Sunyer, etcétera, con la anuencia de Compagnys. En pocos meses la Generalitat, directa o indirectamente, facilitó quizá veinticinco mil pasaportes o más a las personas cuya seguridad personal peligraba. Pero de este punto los vencedores de 1939 se acordaron muy poco...

"La represión a la retaguarda de Catalunya" es una obra que rompe esquemas, figura entre los libros más vendidos y un público silencioso compra la obra y la propaga. Pero, aparte algunos comentarios como el de Lorés, casi no existen críticas de historiadores. Cuando Solé y Villarroya publicaron (1985) el duro alegato contra la represión franquista, algún profesor universitario co-

mentó que la obra era inoportuna porque la cifra de víctimas era escasa. No toleraban que Solé y Villarroya fueran escrupulosos, exactos y enemigos de la demagogia.

Ahora se ha vuelto a repetir la misma historia. Algunos profesores universitarios, que hasta hace poco quemaban incienso laico por los regímenes del Este, y continúan siendo, por lo menos, desdénosos con el nacionalismo catalán, hubieran preferido ocultar las cifras de las víctimas en la retaguarda de Cataluña. Tales sectarios y falsos progresistas se sienten molestos ante la crítica objetiva y la obra bien hecha. Tampoco hablan de las angustias de personalidades como Bosch Gimpera o Carles Pi Sunyer ante tal situación de dominio de las "patrullas de control", como aseveran en sus memorias.

Pero el silencio hostil de ciertos profesores refuerza el valor objetivo de una obra que desde hoy es ya clásica en la bibliografía de la Guerra Civil. Una guerra que parte de los combatientes, de uno y otro bando, vivió como una epopeya. No olvidemos que muchos catalanes entregaron generosamente su vida por la causa de la Cataluña republicana y otros, aun siendo menos, lo hicieron por la España llamada nacional.

Pocas lecciones de historia auténtica he leído en los últimos años como las que se desprenden de "La represión a la retaguarda republicana". ●

Joan Amades

JOAN GUILLAMET

Parece lógico, y seguramente lo sea, que las efemérides traigan consigo algún punto de reflexión. Dentro de muy pocos días, el próximo 13 de julio, van a cumplirse los cien años del nacimiento de un catalán ilustre: el folklorista Joan Amades, un hombre que estudió a fondo la cultura popular catalana y que supo luchar sin desmayo y con ahínco contra las limitaciones humanas que dificultaban su labor. Ahí está posiblemente el punto de reflexión al que el recuerdo de su figura nos invita.

Para Joan Amades no fue nada fácil la consecución de los objetivos que se fue proponiendo. Era hijo de una familia modesta de los alrededores de la Rambla barcelonesa. Su padre ejercía el oficio de traperero y él, a los nueve años, tuvo que dejar de asistir a la escuela para ayudarle en sus quehaceres profesionales. Esto era bastante corriente a finales del siglo pasado y comienzos del presente.

La instrucción venía a ser como un lujo que sólo podían permitirse las familias adineradas. Las que no disponían de posibilidades, ordinariamente, solían enviar sus hijos pequeños a la escuela en tanto que no

se podía obtener de ellos algún provecho de cara a la economía de la familia. Esto parecerá algo fuerte, pero es preciso tener en cuenta que aquellos tiempos eran tiempos duros. No existía la seguridad social ni cosa que se le pareciera. Había que pagar médico, había que pagar farmacia. Las vacaciones eran un sueño vagaroso y casi utópico sólo al alcance de algunos privilegiados y de quienes se movían en el mundo de la enseñanza. Los niños, mientras iban a la escuela, no daban la lata en casa y de paso aprendían algo. Ya era mucho que, cuando tenían que dejarla, hubieran podido aprender a leer, a escribir con mejor o peor letra y a dominar más o menos las cuatro reglas del cálculo aritmético. Porque el analfabetismo se hallaba bastante extendido. Todo lo que pudiera sobrepujar aquel nivel de instrucción era ya cuenta de la decisión y voluntad de cada individuo y tal vez la intervención de algún ente protector para salvar algún obstáculo de índole crematística.

No sé con exactitud cómo pudo componérselas Joan Amades para salir adelante en el desarrollo de su vocación folklórica. Pero es del todo evidente que hubo dos cosas que nunca le fallaron. Su decisión y vo-

luntad inquebrantables y el apoyo y la adhesión incansables de su familia, tanto natural como adquirida.

Fue primero para él superar como autodidacta el reto de la minusvalía cultural que suponía su tempranamente interrumpida etapa escolar y, una vez lanzado a la ingente labor folklórica que llenaría su vida dejando memoria y constancia para la posteridad, vio entorpecido su quehacer desde su juventud por una deficiencia visual progresiva que se iría acentuando con el paso de los años hasta degenerar en una ceguera absoluta y total. El hecho de que, a pesar de esta nueva grave traba, no cesara en los propósitos que tenía fijados revela una fortaleza de espíritu poco común.

Es preciso tener en cuenta que en aquellos tiempos la asistencia y el apoyo a los minusválidos físicos no se hallaba organizada a nivel público como en la actualidad. Recuerdo haber mantenido algún contacto personal con él allá por los años cuarenta. Acudí al Instituto Municipal de Historia, donde él tenía habitualmente su puesto de trabajo, y tengo presente cómo, a pesar de su mirada casi inexistente tras una gafas de gruesos cristales de un color azulado, su voz resonaba firme y decidida y sus manos gesticulaban en ade-

manes ansiosos y concretos, propios de aquel que sabe y tiene conciencia clara de lo que busca.

Por si esto fuera poco, en 1947 sufre una hemiplejía que le deja afectada la parte derecha de su cuerpo. Pero ni tan siquiera este percance es capaz de frenar su actividad, puesto que se advierte su presencia efectiva en diversas instituciones científicas y es con posterioridad cuando se perfila la realización definitiva de sus dos obras capitales: el "Costumari Català" y "Folklore de Catalunya".

Hasta el momento de su defunción, que se produce el 17 de enero de 1959 a consecuencia de un infarto mientras se hallaba trabajando, como ha ocurrido con tantos otros seres humanos normales, su dinamismo es incansable y la obra realizada a lo largo de su vida, considerada globalmente y analizada en detalle, resulta asombrosa.

Esta misma obra, de haberla llevado a cabo cualquier otra persona libre de las trabas a las que se vio sujeto Joan Amades, sería digna de la admiración y del aplauso público. Nuestro punto de reflexión nos inclina a admitir que detrás de ciertas minusvalías se asoman unas supervalías impresionantes. ●

Factor X

MARGARITA RIVIÈRE

A lo mejor tiene razón Francis Fukuyama cuando en su reciente réplica a los que no entendieron su diatriba sobre "el fin de la historia" señala que no se refería "al fin de los sucesos del mundo, sino al fin de la evolución del pensamiento humano sobre esos principios primordiales (los del gobierno de la organización política y social)". Fukuyama viene a decir en esta segunda parte aclaratoria de su polémica tesis que con el consenso sobre la legitimidad y viabilidad de la democracia liberal se ha cerrado un ciclo del pensamiento político, más allá del cual es prácticamente imposible prever nada: a este imprevisto le llama "factor X", algo inimaginable desde el presente.

Fukuyama resulta provocativo porque subraya una obviedad: el pensamiento liberal ha encontrado su propio límite y no aparecen alternativas. Y el imprevisto, "factor X" se presenta como algo que podría ser terrorífico (el propio Fukuyama subraya que tanto el fascismo como el comunismo fueron realidades no previstas por Hegel, del cual toma su tesis del "fin de la historia" o "el fin del pensamiento").

La cuestión planteada resulta apasionante y refleja un estado psicológico de los pensadores y dirigentes del mundo, perplejos, indecisos, atónitos ante el tremendo dilema que se presenta: o innovar (pensar, arriesgarse, buscar caminos nuevos) o quedarnos como estamos. Y este es un dilema que trasciende lo meramente político: ¿es posible aceptar que ya está todo in-

FUKUYAMA ES

provocativo porque

subraya una obviedad:

el pensamiento liberal

ha encontrado su límite

ventado, pensado? ¿No es un claro síntoma de arteriosclerosis peligrosa aventurar que nuestra capacidad de pensar ha llegado a su cénit? ¿No habría que decir, por el contrario, que hay que ser capaces de volver a pensar qué es lo que importa?

Por todas partes aparecen síntomas de que la democracia liberal tiene unos límites muy concretos: pero hay consenso también en considerarla como mal menor, asidero frágil en un momento de crisis del pensamiento. El miedo a lo desconocido, el miedo a ese imprevisto, a ese "factor X", contribuye a dar la sensación de que ese sistema es el único que se mantiene en pie y a justificar, sin más, sus múltiples deficiencias.

El fracaso de lo que hemos llamado sistemas comunistas ha sido un golpe directo a la capacidad de los hombres para organizarse y pensar. De golpe ha dado la sensación de que los últimos cincuenta años, la política de bloques, la guerra fría, ha sido una tontería. Todo esto ha puesto en duda la capacidad colectiva para avanzar y nos ha instalado en una inseguridad mayor; una inseguridad de la que no se escapa tampoco la democracia liberal, presa de un amaneramiento preocupante. La consecuencia inmediata de esa situación es la consolidación de la idea de parálisis, del "Virgencita que me quede como estoy", de que nada se mueva. Pero eso también es perfectamente imposible. Seguramente vivimos un momento excepcional de cambio cultural, incomprensible por el momento, pero que nos llevará a dar un salto considerable: el hombre no puede vivir en la parálisis. El "factor X" está, a fin de cuentas, en nuestras manos. ●

MARGARITA RIVIÈRE, periodista